



Antes y después.
De izq. a dcha. y de arriba abajo: Bárbara Saavedra con sus hijas y su nieto, en Camiri. Un anciano del barrio, que acaba de pintar su vivienda. Una mujer cuya hija, de 15 años, contrajo el Chagas antes de que pudiera desinfectar su casa. Pilar Mateo, durante los trabajos.

rellenos de paja. Sobre uno caminan varios pollos. Los nidos están bajo la cama. Montones de ropa sucia y revuelta se almacenan en dos cajas sobre el suelo de tierra. Entra Rubén, un pequeño de ocho años. Viene del matadero y trae entrañas de animales, que le han regalado para comer.

«¿Hay muchas vinchucas en tu casa?», le pregunta Pilar. El crío niega, muy serio, con la cabeza. Pero luego señala manchas en las paredes. Son las defecaciones del *vampiro*. Pilar me explica que las chinches se ocultan en las grietas del adobe, en las superficies sin revocar, en los techos de paja. Buscan huecos y oscuridad. «Se esconden de día, atacan de noche. Bajan por la pared o se descuelgan del techo, caen con un chasquido, alcanzan la piel humana, clavan sus estiletes y chupan la sangre de la persona dormida durante minutos.»

La vinchuca, hinchada de sangre hasta parecer una uva negra, trepa luego a su escondrijo. Ha engordado tanto que puede tardar una hora en regresar al nido, donde cría unos 200 huevos. Al despertar, es muy posible que la víctima ni sospeche que ha contraído Chagas. Pueden pasar años sin que haya síntomas. Sólo cierto malestar los primeros días tras la picadura, cuando se detecta con microscopio el parásito en la sangre. Después, desaparece y sólo un análisis de serología prueba la enfermedad.

Pero la mayoría de los infectados vive en aldeas muy aisladas y no sabe bien qué es este mal. Nadie caminaría horas (o días) hasta un centro de salud para hacerse una prueba si no se siente mal. Después, suele ser tarde. Aunque hay organizaciones luchando contra él, como Médicos sin Fronteras España, que tiene programas de diagnóstico y prevención en otra región boliviana, Tarija.

El crío escucha la conversación con los ojos muy abiertos. Cuenta que él duerme con cuatro de sus hermanos en una cama. En la otra, «papá y mamá, con los dos pequeños». Pilar llama a Carlos Vidal, responsable de su equipo de 18 pintores. Trabajó antes como fumigador para el Gobierno, y él mismo se contaminó. Los dos exploran con linternas los rincones. La casa está infestada de bichos, incluido el colchón. Carlos apuesta que, cuando la pinten, saldrán más de 150 cucarachas.

«¡Esto se puede parar!», se exaspera Pilar, antes de explicar su fórmula, el secreto de la que ella llama *pintura inteligente*. Ha conseguido microencapsular, en una resina con base acuosa, pequeñas dosis de insecticida con –y esta es la clave– un regulador de la hormona del crecimiento, que afecta a la síntesis de quitina de los artrópodos. Es decir: Inesfly interrumpe el ciclo biológico de los insectos y no les ►